

Capítulo 1

Se despertó en lo profundo de la tierra, desorientado. La primera sensación que experimentó fue hambre. No era un hambre cualquiera, sino una necesidad que le retorció las entrañas y le hacía hervir la piel de arriba abajo. Estaba desfalleciendo de hambre. Todas y cada una de las células de su organismo pedían algo de que nutrirse. Él yacía en silencio mientras el hambre le lanzaba mordiscos como una rata. Le atacaba no sólo el cuerpo sino también la mente, y por eso temió por todos los demás, humanos y carpatianos por igual. Temió por sí mismo, por su alma. Esta vez, la oscuridad se extendía a ritmo vertiginoso, y su alma estaba en peligro.

¿Qué había osado turbar su sueño? Y, aun más importante, ¿habría también turbado el sueño de Lucian? Gabriel había recluso a Lucian en las profundidades de la tierra, siglos atrás, hacía más tiempo de lo que quisiera recordar. Si Lucian se había despertado al mismo tiempo que él, si había sido alertado por el mismo movimiento del suelo por encima de sus cabezas, lo más probable es que se incorporara antes de que él reuniera las fuerzas suficientes para poder detenerlo.

Era sumamente difícil pensar con el hambre horrible que lo amenazaba. ¿Cuánto tiempo había permanecido enterrado? Por encima de su cabeza, intuyó que el sol comenzaba a ponerse. Después de aquellos siglos interminables, su reloj interno todavía percibía el oca-

so y el comienzo de su hora: *criaturas de la noche*. De pronto, la tierra tembló, y Gabriel sintió que el corazón le daba un vuelco. Había esperado demasiado, había pasado demasiado tiempo intentando orientarse, intentando despejarse la nebulosa de la cabeza. Lucian había comenzado a incorporarse. Su necesidad de encontrar una presa sería tan acuciante como la suya, y su apetito sería insaciable. No habría manera de detenerlo, al menos mientras él permaneciera tan debilitado.

Puesto que no tenía otra alternativa, Gabriel irrumpió a través de las capas donde había permanecido sepultado tanto tiempo, donde había yacido voluntariamente después de tomar la decisión de enterrarse en lo profundo con Lucian presa de su abrazo. La batalla en el interior de aquel cementerio de París había sido larga y horrorosa. Tanto Lucian como él habían padecido heridas graves, heridas que deberían haber acabado con ellos. Lucian se había enterrado justo al exterior del camposanto del viejo cementerio, mientras que él había buscado refugio en su interior. Tras largos siglos de oscuridad absoluta, Gabriel comenzaba a hastiarse de aquel vacío oscuro de su existencia.

No podía permitirse el lujo de optar por entregarse al alba, como hacían la mayoría de los suyos. Ahí estaba Lucian, su hermano gemelo. Lucian era fuerte y brillante, siempre el líder. No había nadie tan diestro, nadie lo bastante poderoso para darle caza y destruirlo. Sólo estaba él, Gabriel. Había vivido épocas largas siguiendo a Lucian ahí donde él decidiera, y con él había dado caza a los vampiros y a las criaturas inertes, siempre confiando en sus tácticas de combate. No había existido otro como Lucian, nadie tan astuto en la caza del vampiro, el azote de su raza. Lucian poseía un don. Y, aun así, había sucumbido al susurro oscuro del poder, a la insidiosa llamada de la sed de sangre. Lucian había renunciado a su alma, había elegido el camino de los condenados hasta convertirse en el monstruo que él mismo había perseguido durante siglos. En un vampiro.

Gabriel había seguido la huella de su querido hermano durante dos siglos, pero nunca se había recuperado del todo del impacto que la transformación de Lucian había producido en él. Al final, después de incontables duelos de los que ninguno de los dos salía victorioso,

había tomado la decisión de recluir a su hermano en las profundidades de la tierra hasta el final de los tiempos. Gabriel había perseguido a Lucian a lo largo y ancho de Europa, y el enfrentamiento final había tenido lugar en París, una ciudad donde los vampiros y las orgías estaban a la orden del día. Después de aquella horrible contienda en el cementerio, donde ambos sufrieron profundas heridas que les hicieron perder abundante sangre, él esperó hasta que Lucian quedara tendido en la tierra y entonces lo ató a sí mismo. La lucha no había acabado, pero era la única solución que Gabriel podía idear. Estaba cansado y solo y aquejado por todo tipo de incomodidades. Quería descansar, pero no podía mostrarse al alba hasta que se consumara la destrucción definitiva de Lucian. Era un destino horrible el que había elegido, muerto, pero no del todo, enterrado para toda la eternidad. Pero había sido incapaz de idear otra solución. Nada tendría que haberlos perturbado y, sin embargo, eso era lo que había ocurrido. Algo había removido la tierra por encima de sus cuerpos.

Gabriel ignoraba cuánto tiempo había transcurrido durante su descanso en la tierra, pero su cuerpo padecía por su sed de sangre. Sabía que la piel se le había vuelto gris y se le había pegado al esqueleto, como a los ancianos. En cuanto emergió y alcanzó las alturas, se arrojó con una larga capa con capucha para ocultar su aspecto mientras recorría la ciudad. Aquel ademán bastó para agotar toda la energía que le quedaba en su cuerpo marchito. Necesitaba sangre desesperadamente. Estaba tan debilitado que casi se desplomó en medio de su vuelo.

Cuando acabó de emerger a la superficie, se quedó mirando, atónito, los gigantescos artilugios que habían puesto fin a aquel sueño de siglos. Aquellos ingenios, tan desconocidos para él, habían despertado a un demonio tan mortífero que el mundo nunca alcanzaría a comprender su poder. Aquellas máquinas habían liberado al demonio en medio del mundo moderno. Gabriel respiró hondo e inhaló la esencia de la noche. Llegaron a su olfato tal diversidad de olores que su organismo desfalleciente era incapaz de asimilarlos todos.

El hambre lo corroía sin piedad, implacable y, con un sentimiento de pesar, se percató de que estaba tan cerca de mutar que apenas mantenía el control de sí mismo. Cuando se viera obligado a alimen-

tarse, renacería el demonio en su interior. Sin embargo, no tenía muchas alternativas por las que inclinarse. Tenía que procurarse algún sustento para seguir con su búsqueda. Si no daba caza a Lucian, si no protegía a los humanos y a los carpatianos por igual, ¿quién lo haría?

Se ajustó la capa en torno al cuerpo mientras avanzaba a duras penas por el cementerio. Ahora pudo ver dónde las máquinas habían excavado. Al parecer, estaban desenterrando y trasladando las tumbas. Encontró el lugar, justo en el exterior del camposanto, donde la tierra había hervido en lo profundo con la liberación de Lucian. Gabriel cayó de rodillas y hundió las dos manos en el fango. Lucian. Su hermano gemelo. Inclinó la cabeza con gesto de dolor. Cuántos conocimientos habían compartido. Y cuántas batallas. Y sangre. Habían vivido casi dos mil años juntos, habían luchado por su pueblo, habían buscado a las criaturas inertes y las habían destruido. Ahora estaba solo. Lucian era el guerrero legendario, la figura más imponente de su pueblo y, sin embargo, había caído como tantos otros habían caído antes que él. Gabriel habría apostado la vida a que su hermano gemelo jamás sucumbiría a las tentaciones oscuras del poder.

Se incorporó lentamente y comenzó a caminar hacia la calle. El paso de los años había cambiado el mundo. Todo era diferente y él no lo entendía. Se sentía tan desorientado que hasta la mirada se le había vuelto borrosa. Avanzó a duras penas, intentando mantenerse alejado de la gente que abarrotaba las calles. Estaban por todas partes, y evitaban tocarlo. Él leyó en sus mentes por un instante. Lo veían como a un «pobre anciano sin techo», quizá como a un borracho o un loco. Nadie miraba en su dirección, nadie quería verlo. Un viejo arrugado de piel grisácea. Se envolvió en la ampulosa capa y entre los pliegues ocultó su cuerpo maltrecho.

El hambre se apoderó de sus sentidos hasta que sus colmillos se afilaron de golpe y gotearon pensando en el festín por venir. Estaba desesperado por alimentarse. Avanzó por las calles dando traspies, casi a ciegas. La ciudad había cambiado mucho, ya no era el París de antaño sino una gigantesca red en expansión de edificios y calles pavimentadas. En el interior de aquellas estructuras enormes brillaban las luces, como en las farolas por encima de su cabeza. No era la ciudad que recordaba, ni tampoco se sentía cómodo en ella.

Debería haberse apoderado de la presa más cercana para saciar su voracidad en ella y recuperar de inmediato su fuerza, pero el temor a ser incapaz de detenerse lo dominaba. No debía dejar que la bestia lo controlara. Había pronunciado un juramento ante los suyos, ante la raza humana, pero sobre todo ante su hermano querido. Lucian había sido su héroe, un ser que él situaba por encima de todos los demás, y con razón. Juntos habían pronunciado el juramento y él lo respetaría como Lucian lo habría respetado por él. No dejaría que ningún otro cazador destruyera a su hermano. Ésa era una tarea que sólo le incumbía a él.

El olor de la sangre era irresistible. Palpitaba en él con la misma intensidad del hambre. No podía estar tranquilo oyendo como discurría por las venas, en su flujo y reflujo, haciendo brotar la vida. En ese estado de debilidad, sería incapaz de controlar a su presa, de mantenerla calmada. Aquello no haría sino sumar fuerzas al poder del demonio que nacía en él.

—Señor, ¿puedo ayudarle de alguna manera? ¿Está enfermo?

Era la voz más bella que jamás había oído. Hablaba en un francés impecable, un acento perfecto, pero él dudó que fuera francesa. Para su asombro, aquellas palabras lo aliviaron, como si la mujer fuera capaz de calmarlo con su sola voz.

Gabriel se estremeció. Lo último que deseaba era cebarse con una mujer inocente. Sin mirarla, negó con un gesto de la cabeza y siguió caminando. Estaba tan débil que tropezó con ella. Era una mujer alta, delgada y sorprendentemente fuerte. De inmediato, lo sujetó pasándole un brazo por la cintura, ignorando el olor rancio y fétido de sus ropas. En cuanto lo tocó, él experimentó una sensación de paz que lo caló hasta lo profundo de su alma torturada. El hambre que no cesaba se desvaneció por un momento y, mientras ella lo tocara, él tuvo la ilusión de que podía controlarse.

Manténía la cara deliberadamente oculta a la mirada de la mujer, a sabiendas de que en sus ojos brillaría el fulgor rojizo del demonio que se crecía en él. Esa proximidad debería haber desatado sus violentos instintos pero, al contrario, lo serenaba. Aquella mujer era la última persona que él convertiría en víctima. Gabriel intuía su bondad, su decisión de ayudarlo, su absoluta entrega. Esa compasión y

esa bondad eran las únicas razones por las que no la había atacado ni le había hundido los colmillos en las venas, a pesar de que cada célula hambrienta y cada fibra de su ser le pedían que atacara por su propia salvación.

Ella intentaba llevarlo hasta una brillante máquina al borde de la acera.

—¿Está herido o sólo tiene hambre? —le preguntó—. Hay un hogar para los sin techo un poco más adelante en esta calle. Le pueden procurar un lugar donde quedarse por la noche y una comida caliente. Déjeme que lo lleve. Éste es mi coche. Por favor, suba y déjeme llevarlo.

Su voz parecía envolverlo como un susurro, como una seducción de los sentidos. Él realmente temía por la vida de ella, y por su propia alma. Pero estaba demasiado débil para resistirse. Le permitió que lo acomodara en el coche, pero se mantuvo lo más apartado posible de ella. Ahora que ya no había contacto físico, podía oír la sangre rugiendo en sus venas, llamándolo, susurrando como la más seductora de las mujeres. El hambre hacía estragos en él, hasta que empezó a temblar de la necesidad que sentía de hundirle los dientes en su vulnerable cuello. Ahora oía el corazón, los latidos regulares que no paraban, hasta que pensó que enloquecería. Casi podía saborear la sangre, sabiendo que fluiría en su boca y que él tragaría hasta quedar saciado.

—Me llamo Francesca Del Ponce —dijo ella, con voz suave—. Por favor, dígame si está herido o si necesita atención médica. No se preocupe por los gastos. Tengo amigos en el hospital y ellos lo ayudarán. —No añadió a esa sugerencia algo que él atisbó a leer en su pensamiento, y era que a menudo llevaba a indigentes al hogar y era ella misma quien pagaba las facturas.

Gabriel guardó silencio. Era lo único que podía hacer para ocultar sus propios pensamientos, un reflejo de protección que Lucian le había enseñado cuando todavía eran críos. La atracción de la sangre era avasalladora. Sólo la bondad que emanaba de aquella mujer le impedía abalanzarse sobre ella y darse un festín, como le pedían a gritos sus células marchitas.

Francesca observaba al anciano con expresión inquieta. No lo

había mirado a la cara detenidamente, pero vio que tenía el semblante gris de hambre y que temblaba de cansancio. Tenía el aspecto de estar muriéndose de hambre. Cuando Francesca lo tocó, intuyó que era presa de un conflicto acuciante, y él sintió que el hambre lo desgarraba. Tuvo que controlarse para no volar por las calles hasta el refugio de indigentes. Francesca quería a todo precio conseguirle ayuda. Se mordió el labio inferior con sus dientes blancos y menudos. La embargaba la ansiedad, una emoción que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo. Sentía la *necesidad* de ayudar a aquel hombre y reconfortarlo. Era una necesidad tan fuerte que era casi compulsiva.

—No se preocupe. Me ocuparé de usted. Ahora siéntese y relájese —le dijo, y luego condujo con su habitual celeridad por las calles de París. La mayoría de los policías conocían su coche y se limitaban a sonreírle cuando infringía todas las normas. Francesca era una sanadora excepcional. Era su regalo al mundo, y gracias a él había hecho amigos en todas partes. Los que no prestaban importancia a los favores o a las curaciones prestaban importancia al hecho de que Francesca era una mujer muy adinerada con numerosos contactos políticos.

Llegó al hogar y detuvo el coche casi en la entrada. No quería que el anciano tuviera que caminar demasiado. Su aspecto daba a entender que se desplomaría en cualquier momento. La capucha de su curiosa capa le ocultaba el pelo a vista de Francesca, pero ella tuvo la impresión de que era largo y grueso y con un corte más bien pasado de moda. Rodeó el coche corriendo y se inclinó hacia adentro para ayudarlo a bajar.

Gabriel no quería que volviera a tocarlo, pero no pudo impedirselo. Había algo muy tranquilizante en su contacto, algo casi curativo que le ayudaba a mantener a raya el hambre implacable que sentía. La máquina en que se habían desplazado y la velocidad a la que habían corrido lo habían mareado. Tendría que orientarse en aquel mundo nuevo al que había despertado. Saber qué año era. Conocer esas nuevas tecnologías. Sobre todo tenía que encontrar la fuerza para alimentarse sin permitir que su demonio interior tomara las riendas. Lo sentía en lo más profundo de sí, aquel fulgor rojizo, los

instintos animales que pugnaban por desprenderse de la delgada pátina del ser civilizado.

—¿Francesca? ¿Nos has traído uno más? Esta noche estamos a rebosar —dijo Marvin Challot, lanzando una mirada nerviosa al anciano que ella ayudó a llegar hasta la puerta. Algo en aquel hombre le erizó el pelo de la nuca. Tenía un aspecto viejo y descuidado, tenía unas uñas demasiado largas y demasiado afiladas, pero era evidente que estaba tan débil que Marvin se sintió culpable y tuvo vergüenza de su reacción de rechazo ante aquel ser extraño. Pero difícilmente podía rechazar a Francesca, que contribuía con más dinero, trabajo y dedicación que nadie. De no ser por ella, el hogar no existiría.

A regañadientes, Marvin se acercó para coger al hombre de la mano. Gabriel inhaló con fuerza. En cuanto Francesca le soltó el brazo, casi perdió todo control. De su boca brotaron repentinamente los colmillos y el ruido del torrente de sangre en sus oídos se volvió tan fuerte que no pudo oír otra cosa. Todo desapareció en una nebulosa de tintes rojos. Hambre. Inanición. Tenía que alimentarse. El demonio en su interior alzó la cabeza con un rugido, luchó con él para recuperar el control.

Marvin intuyó que estaba en peligro mortal. El brazo que había tomado pareció retorcerse, como si los huesos del hombre asomaran y estallaran y un vello denso le recubriera la piel. Marvin sintió el olor salvaje y penetrante de un lobo, y soltó, aterrorizado, el brazo del anciano. Aquella cabeza se giró lentamente en su dirección y él tuvo un atisbo de la muerte. Donde debía haber ojos, vio dos cuencas vacías e implacables. Marvin pestañeó y los ojos volvían a estar en su lugar, enrojecidos y llameantes, como los de una bestia que acecha a su presa. No sabía cuál de las dos impresiones era peor, pero no quería para nada a ese viejo, fuera quien fuera. Aquella mirada se hundió en él como si fuera un colmillo afilado.

Marvin soltó un grito y dio un salto atrás.

—No, Francesca, no puedo permitirlo. No quedan plazas esta noche. No lo quiero aquí —dijo, con la voz temblándole de espanto.

Francesca estaba a punto de protestar, pero algo en la mirada de Marvin la detuvo. Con un gesto de la cabeza, acató la decisión.

—Está bien, Marvin. Yo me ocuparé de él —dijo, y con mucho cuidado le deslizó un brazo por la cintura al anciano—. Venga conmigo. —Era una voz suave que lo calmaba. Francesca ocultó su irritación ante la reacción de Marvin, pero no había nada que hacer.

El primer reflejo de Gabriel fue alejarse. No quería matarla, y sabía que estaba peligrosamente a punto de mutar. Y, sin embargo, era como si ella lo retuviera. La calma que le procuraba le permitía mantener encadenada a aquella bestia salvaje, al menos por el momento. Gabriel se apoyó con todo su peso sobre el delgado cuerpo de Francesca. Tenía una piel cálida, mientras que la suya estaba fría como un témpano. Aspiró profundamente su esencia, cuidando de mantener su rostro apartado. No quería que lo viera tal como era, un demonio que luchaba contra su propia alma, intentando desesperadamente conservar su naturaleza humana.

—Francesca —protestó Marvin—, llamaré a alguien para que lo lleven al hospital. Quizás a la policía. No te quedes sola con él. Creo que podría tratarse de un desequilibrado.

Cuando Gabriel subió al coche, se giró para volver a mirar al hombre que observaba desde la acera con el miedo pintado en la cara. Le miró fijamente al cuello y cerró la mano con fuerza. Hubo un momento terrible y fugaz en que casi le perforó al tipo la tráquea sólo por haberle prevenido a ella con respecto a el, pero con una imprecación antigua que pronunció en sordina, renunció al impulso. Hundió un hombro y se escondió aún más en los pliegues de la gruesa capa. Deseaba permanecer cerca de aquella hermosa mujer y dejar que su luz y su compasión bañaran su alma torturada. También deseaba alejarse de ella a toda carrera y poner la mayor distancia posible de por medio si quería salvaguardarla del monstruo que se adueñaba de él.

Francesca no parecía nada nerviosa ante su presencia. Si algo intentaba hacer, era darle seguridad. A pesar de las advertencias de Marvin, le sonrió cuando volvió a hablarle.

—No estaría de más hacer un reconocimiento médico. De verdad, sólo tardaría un momento.

Gabriel negó con un lento movimiento de cabeza. La mujer olía bien. Fresca. Limpia. Él estaba demasiado débil hasta para asearse. Se

avergonzó de que ella lo viera en ese estado. Era tan bella, y daba la impresión de que brillaba de adentro hacia fuera.

Francesca aparcó el coche en una explanada donde cientos de máquinas como la suya estaban detenidas y vacías.

—Vuelvo enseguida. No trate de salir, sería una pérdida de energía. Esto no llevará más de un minuto —le aseguró, y le tocó el hombro, un pequeño gesto con el que pretendía darle seguridad. Él sintió de inmediato ese curioso alivio de su pesada carga.

En cuanto ella desapareció, él se sintió corroído por el mismo hambre que lo desgarraba por dentro, pidiéndole que se alimentara. Apenas podía respirar. El corazón le latía lentamente, un latido, luego un latido en falso seguido de otro latido. Su cuerpo clamaba por un poco de sangre, algo que lo alimentara. Estaba a punto de chillar de hambre. Lo necesitaba, no había más. Era tan sencillo. Lo necesitaba. Se moría por ello. Lo necesitaba. Todo confluía hacia ese único deseo.

De pronto lo olió. Fresco. Lo oyó. Pero también la olió a ella y su cercanía le ayudó a superar el rugido que lo sacudió por dentro. Tenía el vientre tenso, hecho un nudo. Un hombre caminaba a su lado. Éste era diferente del primero. Era un hombre joven y miraba a Francesca como si ésta fuera el sol, la luna y las estrellas. Cada tres o cuatro pasos, el joven rozaba el cuerpo de ella. Él sintió que algo perverso y profundo en su interior alzaba la cabeza y gruñía con una animosidad inesperada. Su presa. Nadie tenía derecho a acercarse tanto. Le pertenecía. La había señalado para él. Fue un pensamiento que le vino sin darse cuenta, y de inmediato sintió vergüenza. Aun así, no le agradaba ver a aquel individuo tan cerca de ella, y tuvo que aferrarse a todo su sentido de la disciplina para no abalanzarse sobre él y devorarlo ahí mismo.

—Brice, tengo que irme a casa. Este señor necesita ayuda. Ahora no puedo hablar, no tengo tiempo. Sólo he pasado a buscar un material.

Brice Renaldo la detuvo sujetándola por el brazo.

—Quiero que mires a una de mis pacientes, Francesca. Es una niña. No tardarás demasiado.

—Ahora no. Vendré más tarde por la noche —dijo Francesca, con voz suave pero firme.

Brice la sujetó con más fuerza para no dejarla ir, pero nada más hecho el gesto, sintió un leve cosquilleo en la piel. Se miró y vio varias arañas pequeñas con unas pinzas espantosas que le subían por el brazo. Lanzó una imprecación y soltó a Francesca a la vez que agitaba con fuerza el brazo. Las arañas habían desaparecido como si nunca hubieran estado ahí, y ella ya caminaba rápidamente hacia su lado del coche, mirando a Brice como si estuviera loco. Él había comenzado a explicárselo, pero al ver que no había ni rastro de las arañas, decidió que no valía la pena intentarlo.

Brice se apresuró en llegar al coche y volvió a cogerla. Se inclinó para echar una mirada a Gabriel por la ventanilla y la boca se le torció en un gesto de repulsión.

—Dios mío, Francesca, ¿de dónde sacas estos vagabundos?

—¡Brice! —Francesca retiró el brazo con un ademán suave y muy femenino de disgusto—. A veces eres tan cruel —dijo, bajando la voz. Pero Gabriel, con su agudo sentido del oído, oyó el intercambio de palabras con toda claridad—. El que se trate de un anciano o de alguien que no tiene dinero no lo convierte en un vagabundo o en un asesino. Es por eso que no acabamos de entendernos, Brice. No sientes compasión por la gente.

—¿Qué quieres decir, con que no siento compasión? —protestó Brice—. Ahí tengo a una niña que jamás le ha hecho daño a nadie y que está sufriendo, y estoy haciendo todo lo que puedo por ella.

Francesca lo esquivó para pasar y se deslizó en el asiento frente al volante.

—Vendré más tarde. Te he prometido que esta noche te haré el favor de venir a verla —dijo, y encendió el contacto.

—No pensarás llevarte a ese viejo a casa, supongo —preguntó Brice, a pesar de su recriminación—. Será mejor que lo llesves al hogar. Está sucio y lo más probable es que tenga pulgas. No tienes ni idea de quién es, Francesca. Ni te atrevas a llevártelo a casa.

Francesca le devolvió una mirada ceñuda de desdén antes de arrancar sin ni siquiera mirar por el retrovisor.

—No le preste atención a Brice. Es un médico muy competente, pero suele creer que tiene derecho a decirme lo que tengo que hacer —advirtió. Le lanzó una mirada a su silencioso acompañante. El

hombre estaba acurrucado hecho un ovillo al otro extremo del asiento. Ella todavía no lo había mirado con detenimiento, ni siquiera a la cara. Ahora se ocultaba en la sombra, y miraba en dirección contraria a ella. Ni siquiera estaba segura de que el hombre se percataba de que intentaba ayudarlo. Tenía la impresión de que estaba ante un gran hombre, alguien que había vivido rodeado de grandes riquezas, acostumbrado a ejercer su autoridad, y que ahora probablemente se sentía humillado por sus actuales circunstancias. El rudo comportamiento de Brice no había ayudado en nada.

—En sólo cuestión de minutos lo llevaré a un lugar caliente y seguro. Podrá comer de todo.

Su voz era maravillosa. Gabriel se sintió tocado en alguna fibra profunda, apaciguado y con la bestia dominada, algo que él no habría conseguido por sí solo. Quizá si ella se mantenía cerca de él cuando tuviera que alimentarse, sería capaz de controlar al demonio cuando éste surgiera. Gabriel hundió la cara entre las manos. Que Dios se apiadara de su alma, porque él no quería matarla. El cuerpo le temblaba con el esfuerzo que le significaba luchar contra su necesidad de sangre caliente que fluyera por su organismo reseco y hambriento. Todo aquello entrañaba un gran peligro, un indescriptible peligro.

El coche siguió un breve trayecto, se alejó de las grandes avenidas de la ciudad y se internó por un camino estrecho flanqueado por árboles y arbustos. La casa era de grandes dimensiones y se extendía en uno y otro sentido sin un estilo definido. Era una casa antigua, con amplias verandas y largas columnas rectas. Gabriel vaciló al abrir la puerta de la máquina. ¿Qué debía hacer, entrar con ella o quedarse ahí? Estaba debilitado, y ya no podía esperar mucho tiempo más. Tenía que alimentarse, no le quedaba otra alternativa.

Francesca lo cogió por el brazo y le ayudó a subir por la larga escalinata hasta la casa.

—Lo siento, ya sé que las escaleras son largas. Si quiere, puede apoyarse en mí. —Ignoraba por qué le parecía imperativo ayudar a aquel desconocido, pero todo en ella se lo pedía.

Apesadumbrado, Gabriel permitió que la mujer lo ayudara a subir la larga escalera hasta la casa. Temía que matarla fuera inevitable.

Él engrosaría las filas de las criaturas inertes y ya no habría nadie que pudiera destruir a Lucian. Nadie podría destruir a ninguno de los dos. El mundo estaría habitado por dos monstruos cuya maldad no tendría parangón. Quedaban demasiadas horas antes de que llegara el alba. La necesidad de sangre acabaría por derrotar a sus buenas intenciones. Y esa pobre mujer inocente que albergaba demasiada compasión sería la que pagaría el precio final por su generosidad, por haber ayudado a uno de su estirpe.

—¡No! —La negativa fue un gruñido áspero. Gabriel se desprendió de ella y reculó al llegar a la puerta. Trastabilló, perdió el equilibrio y se desplomó.

Francesca estuvo junto a él en un abrir y cerrar de ojos.

—¿De qué tiene miedo? No le haré daño.

Él temblaba al contacto de sus dedos, presa de un visible terror. Tenía la cara oculta entre los pliegues de la capucha, con un hombro alzado como para repelerla.

Gabriel se incorporó trabajosamente. No tenía fuerzas para alejarse de aquella joven, de la compasión y calidez que emanaba de sus palabras, de la vida que rugía en sus venas. Inclino la cabeza al cruzar el umbral de su casa. Imploró para tener la fuerza suficiente. Imploró perdón. Imploró un milagro.

Francesca lo condujo por las amplias salas hasta la cocina, donde lo sentó a una mesa de madera de elaborados relieves.

—Hay un pequeño cuarto de baño a su derecha. Hay toallas limpias, en caso de que quiera ducharse. No tenga reparos en usarlo mientras yo caliento algo para comer.

Gabriel dejó escapar un suspiro y negó con un gesto de cabeza. Se incorporó lentamente y dio unos pasos hasta quedar frente a ella. Cerca de ella. Tan cerca que podía oler esa leve y atractiva fragancia por encima del hambre implacable.

—Lo siento —dijo, en un susurro de voz que él creyó convincente—, tengo que alimentarme, pero no es precisamente esto lo que necesito. —Le cogió la fuente de las manos y la dejó sobre el aparador.

Por primera vez, Francesca sintió que corría peligro. Se quedó muy quieta, con los grandes ojos negros fijos en su silueta envuelta en la capa.

—Ya entiendo —dijo, asintiendo. No había miedo en su voz sino una tranquila aceptación—. Venga conmigo, tengo algo que mostrarle. Lo necesitará más tarde. —Lo tomó de la mano, sin hacer caso de sus uñas largas y afiladas.

Gabriel no tenía intención de forzarla. No había recurrido a la comunicación mental para calmarla. Ella sabía que corría un peligro mortal, y él vio esa certeza reflejada en sus ojos. Francesca le apretó la mano y tiró de él.

—Venga conmigo. Puedo ayudarle. —Estaba casi tranquila, y la paz que irradiaba lo envolvió.

Él la siguió porque cualquier contacto físico con ella aliviaba su sufrimiento. No soportaba pensar en lo que estaba a punto de hacerle. Interiormente, tuvo ganas de llorar, como si una piedra enorme le oprimiera el pecho. Francesca abrió una puerta a la izquierda de la cocina y apareció una estrecha escalera. Cuando ella se lo pidió, él la siguió escalera abajo.

—Esto es el sótano —avisó ella—, pero aquí, justo en este saliente, hay otra puerta. No se puede ver, pero si presiona justo aquí... —dijo, a la vez que se lo demostraba. La roca giró hacia adentro dejando a la vista una caverna oscura. Ella señaló el interior con un gesto—. Esto conduce al subsuelo. A usted le parecerá cómodo.

Gabriel aspiró el olor dulce y añorado de la rica tierra que lo llamaba. El frescor y la oscuridad lo acogían y le prometían descanso.

Francesca se apartó el pelo del cuello y lo miró con ojos dulces y amables.

—Siento que tienes miedo. Sé lo que necesitas. Soy sanadora, y lo único que puedo hacer es ofrecer solaz a alguien como tú. Te lo ofrezco voluntariamente, sin reservas, ofrezco mi vida por la tuya como corresponde a mis derechos. —Pronunció aquellas palabras con tono calmado, palabras bellas como un susurro aterciopelado que le rozaba la piel.

No eran las palabras lo que él percibía, sino sólo el sonido. La seducción y la atracción. Su cuello era como un cálido satén al contacto con los dedos que lo recorrieron. Gabriel cerró los ojos y saboreó la exquisita sensación de tocarla. Había temido que la desgarraría,

pero ahora descubrió una necesidad de acogerla suavemente, casi tiernamente, con todo el cuerpo. Inclino la cabeza para palparle la piel con los labios. Calor y fuego. Con la lengua, le siguió el pulso y se tensó entero como anticipando algo. La atrajo hacia el abrigo de su cuerpo y su corazón. Murmuró apenas su perdón y tomó lo que ella le ofrecía, le hundió los dientes profundamente en la vena de su hermoso cuello.

El golpe de energía que sintió de inmediato le dio como una bola de fuego y se diseminó por sus células maltrechas. Sintió que la energía y la fuerza florecían en su interior. Y luego, un calor incandescente, un relámpago azul. Todo el cuerpo se le tensó. Francesca era como la seda caliente en sus brazos, como si casara perfectamente con su cuerpo. Se percató de lo suave que tenía la piel. El saborearla era adictivo. Ella lo había salvado con su generosidad y había impedido con éxito que el demonio quedara suelto. Había dado su sangre voluntariamente. *Voluntariamente*. Más allá del frenesí con que se alimentaba de ella, de pronto tuvo una iluminación. Ahora podía *sentir*. Y lo que sentía era culpa. Recordó el peso en el pecho cuando la había seguido por las escaleras del sótano. Había comenzado a sentir desde el momento en que la había encontrado. Mientras se alimentaba, todo su cuerpo ardía en un dolor intenso y urgente. Un dolor sensual y erótico. Alimentarse jamás había estado relacionado con el sexo, en ningún sentido. Gabriel no debería haber experimentado esas pulsiones sexuales y, sin embargo, su cuerpo se había convertido en un único deseo duro, permanente y urgente.

Bajo su mano, sintió que a ella el corazón le latía con breves vacilaciones, y entonces lamió de inmediato los diminutos orificios del cuello para cerrarle la herida y restañarla con su saliva. Había extraído casi toda la sangre de su fino organismo, y ahora tenía que actuar con rapidez. Se abrió un tajo en la muñeca y lo aplicó con fuerza a la boca de Francesca. Su energía era lo bastante fuerte para apoderarse de su mente. Ella empezaba a extinguirse, su fuerza vital sencillamente se apagaba. Francesca no oponía resistencia, más bien parecía bastante tranquila y resignada, casi como si esperara el abrazo de la muerte. Gabriel le devolvió la sangre. Ella conocía la fórmula para

mantener a raya al demonio. Había ofrecido voluntariamente su vida por la de él. *Según corresponde a mis derechos*. ¿Cómo era posible?

Gabriel se quedó mirándole el rostro. Estaba muy pálida. Sus largas pestañas eran espesas y abundantes, de un negro intenso idéntico al de su cabello sedoso. Vestía unos pantalones de hombre, de un leve color azul. Colores. Él no había visto más que grises y negros desde que era un crío, más de dos mil años antes. ¿Por qué no la había reconocido como su compañera? ¿Acaso estaba tan desorientado?

Impidió que bebiera demasiado de su sangre. Esa noche, tendría que salir a cazar. Debía asegurarse de que bebería suficiente para los dos. La llevó al interior de la caverna y, siguiendo el rastro de su perfume, encontró la oscura celda donde estaría a salvo de los humanos y de las criaturas inertes. La tendió suavemente sobre el lecho de tierra y la hizo dormir. Fue una orden que reforzó con firmeza para asegurarse de que no se despertaría hasta que pudiera darle más sangre. El pulso y la respiración de Francesca eran pausados y estables, y le permitían a su organismo persistir con aquella pequeña cantidad de sangre fluyendo por venas y arterias, por los meandros de su corazón.

Gabriel se deslizó por la casa, gastando la menor energía posible. Se habría sentido encantado de beber de la sangre de ese Brice, pero ahora no disponía del tiempo para dar rienda suelta a sus caprichos. Tenía que encontrar a su presa rápidamente y volver a cuidar de su benefactora. Con su generosidad, Francesca le había salvado más que la vida. Le había salvado el alma.

Al cabo de un momento, había abandonado la casa y se encontró en medio de la oscuridad. Era su mundo, donde había vivido siglos, pero ahora todo era nuevo. Todo era diferente. Todo sería diferente a partir de ese momento. No tardó en encontrar una presa porque la ciudad bullía de gente. Escogió a tres hombres grandes, no sin antes asegurarse de que no tuvieran alcohol ni drogas en la sangre y de que ésta no estuviera contaminada por enfermedades. Los atrajo con facilidad hacia un portal y, una vez ahí, se sirvió a placer. Bebió lo suficiente para recuperar toda su vitalidad sin poner en peligro la vida de ninguna de sus víctimas. Cuando el primero flaqueó, pre-

sa del mareo, Gabriel cerró con cuidado los orificios y le ayudó a sentarse en el suelo. Se alimentó del segundo y del tercer hombre con cierta gula, aunque su organismo ansiaba nutrirse después de verse privado tanto tiempo. Y necesitaba suficiente sangre para asegurarse de que Francesca sobreviviría.

En cuanto acabó, borró la memoria de sus víctimas y dejó a los tres hombres sentados cómodamente en el interior del portal. Dio tres ágiles pasos a la carrera y voló hacia las alturas, hasta que su cuerpo mutó y unas alas poderosas lo impulsaron hacia lo alto. Voló en línea recta de vuelta a la casa. Desde el aire, vio aquella propiedad en todas sus dimensiones. La casa era a todas luces antigua, pero estaba perfectamente mantenida; se veía que los jardines adyacentes eran cuidados meticulosamente. Mirara hacia donde mirara, encontraba objetos que le eran desconocidos y de los que no entendía nada. La vida había continuado mientras él dormía en el subsuelo.

Encontró a Francesca como la había dejado, y su piel estaba tan pálida que era casi traslúcida. Era una mujer alta y bien proporcionada, con una rica cabellera color ébano que le enmarcaba la cara y le caía en torno al cuerpo poniendo de relieve sus encantadoras curvas. La recogió con extremo cuidado y la acercó hasta estrecharla. ¿Cómo era posible que aquella mujer fuera su auténtica compañera? Después de las guerras, habían quedado pocas mujeres. Un macho carpatiano podía vagar durante siglos por el mundo sin encontrar jamás a su compañera, a la otra mitad de su alma y de su corazón, a la luz que combatiera su oscuridad. Hacia los siglos XII y XIII, las mujeres de su especie habían comenzado a escasear. ¿Qué probabilidades había de que la encontrara caminando por la calle? Era prácticamente la primera persona que había visto después de haber yacido tanto tiempo en las profundidades. Aquello no tenía sentido. Nada de lo que había ocurrido tenía demasiado sentido. Sin embargo, había una verdad evidente y sencilla. Los machos carpatianos no podían ver colores ni sentir emociones a menos de que se encontraran muy cerca de su compañera. Gabriel veía todo tipo de colores, brillantes y vívidos, colores cuya existencia había olvidado hacía mucho tiempo. Y sentimientos que jamás había experimentado. Aspiró, inhalando profundamente su esencia. Ahora sería capaz de encontrarla siempre. Con

la sangre de Francesca que ahora corría por sus venas, podía comunicarse con ella cuando quisiera, hablar con ella, de mente a mente, desde cualquier distancia.

Se abrió una escisión en el pecho con la uña, y la sostuvo a ella por la cabeza en la palma de la mano para llevarle la boca a su pecho. Ahora había recuperado toda su fuerza vital y, en esas condiciones de debilidad, Francesca estaba totalmente bajo su control. Se tomó un momento para observarla de cerca. Aquella mujer lo intrigaba. Tenía el aspecto de una mujer carpatiana. Alta y bien hecha, pelo color ébano. Ojos bellos, negros como la noche. Conocía las palabras rituales, y se había dado cuenta de que necesitaba sangre. Incluso tenía aquella cámara instalada bajo tierra para uno de ellos. ¿Quién era? ¿Qué era?

Exploró su mente. Parecía humana. Sus recuerdos eran los de un ser humano, y contenían numerosos detalles de los que él nada sabía. El mundo había avanzado mucho mientras él dormía. Francesca tenía un aspecto totalmente humano y, aun así, su sangre no era como la de los humanos. Sus órganos internos no eran del todo igual. Pero tenía recuerdos de haber caminado bajo el sol de mediodía, algo que los de su estirpe no podían hacer. Su existencia era un misterio, y él tenía la intención de resolverlo. Aquella mujer era demasiado importante para él, y no podía arriesgarse.

Su organismo volvía a tener el volumen adecuado de sangre. Con gesto suave, Gabriel interrumpió la ingestión y la depositó sobre la tierra curativa. Quería que descansara mientras él se dedicaba durante lo que quedaba de la noche a explorar el nuevo mundo en que estaba destinado a vivir. Encontró un tesoro de libros en una biblioteca de la primera planta. Ahí lo aprendió todo acerca de la televisión y de los ordenadores, y de la historia de aquellas máquinas —los coches— que habían usado para desplazarse. Todo aquello le parecía sorprendente y se empapó de la tecnología como una esponja. Sin pensárselo, conectó con Lucian. Sencillamente sucedió. Durante más de dos mil años habían compartido conocimientos. Gabriel se sentía tan emocionado que buscó a su hermano y las mentes se encontraron.

Lucian aceptó la información y le transmitió lo que había observado y estudiado, como si los últimos siglos no hubiesen transcurri-

do. Ahora se encontraba en plena forma y, como de costumbre, adquiriría conocimientos a una velocidad insospechada. Su mente siempre había necesitado nuevas cosas en que pensar, en que trabajar. En cuanto Gabriel se percató de lo que hacía, interrumpió la conexión, furioso consigo mismo. Lucian podría «ver» dónde estaba él, de la misma manera que él podía encontrar fácilmente a Lucian. Siempre había sido Gabriel el que perseguía a su hermano gemelo, y lo perseguía para destruirlo. Nunca se había preocupado cuando, por un error, se fundía con su hermano vampiro para compartir nuevos conocimientos. Si Lucian decidía utilizar sus conocimientos para encontrarle, sólo le facilitaría la tarea de destruirlo. Ahora todo había cambiado. Él no podía permitirse que Lucian descubriera dónde estaba o con quién estaba. Ahora tenía que proteger a Francesca. Lucian no debía saber lo de su existencia. Los vampiros medraban a partir del dolor ajeno. A Francesca le obligarían a pagar un precio horrible por haber intervenido.

Gabriel se entregó al placer de la ducha que usaban los humanos. Podía limpiarse y refrescarse con sólo pensarlo, pero ahora tenía sensaciones. Podía saborear lo limpio, y aquello era una sensación insólita. Tuvo que volver a hacer un esfuerzo consciente para no transmitirle su emoción a su hermano. Incluso después de transcurrido tanto tiempo, estaba acostumbrado a penetrar y abandonar sin más su pensamiento. A lo largo de los siglos, había utilizado esa habilidad para perseguirlo, e incluso para anticiparse a sus crímenes y llegar a sus víctimas antes que el propio Lucian. Hasta ahora, no había podido impedir ninguno de los asesinatos de Lucian, pero no cejaba en su empeño.

Después de ducharse, Gabriel volvió a la lectura. Leyó varias enciclopedias y almanaques, además de cualquier libro que le cayera en las manos. Gracias a su memoria fotográfica, no tardó demasiado. Leía a ritmo acelerado para acabar con la historia y entrar en las nuevas tecnologías. Quería leer manuales y descubrir con precisión cómo funcionaban las cosas. Y quería saber todo lo que la casa pudiera decirle acerca de su dueña.

Deambuló por las enormes salas. A Francesca le agradaban los espacios abiertos. Apreciaba el gran arte y los colores pastel. Era indu-

dable que amaba el océano y sus habitantes. Había libros sobre la vida submarina y grabados y acuarelas de olas embravecidas. Era un ama de casa meticulosa, a menos que tuviera a alguien que hiciera ese trabajo. Vivía como un ser humano. Los armarios estaban llenos. Tenía una bella vajilla de loza en la cocina y antigüedades raras en las habitaciones. En una de ellas había un edredón en un telar; echó una mirada a la obra. El dibujo era extraño, pero tenía una cualidad que lo calmaba. Bello. Se sintió atraído por él, aunque no entendía por qué. En otra habitación, Francesca trabajaba con vidrios de colores. El diseño se parecía mucho al del edredón: transmitía paz y serenidad. Los dos eran sumamente bellos, y él se podría haber quedado horas mirándolos. Francesca era una mujer con mucho talento.

Los cortinajes de la casa eran de un tejido más espeso de lo habitual, específicamente hechos para las ventanas, de modo que si los habitantes de la casa lo deseaban, no dejaban entrar ni un rayo de luz en la sala. Aquello tendría sentido si Francesca fuera una carpatiana que intentara integrarse en la vida cotidiana. Sin embargo, parecía que nada en aquella casa encajaba. Era una mezcla de riqueza y fantasía, casi como si dos personas distintas la habitaran. Gabriel buscó pruebas de que hubiese otro habitante.

En el estudio encontró sus papeles personales, registros de facturas y breves notas que Francesca escribía para sí misma. Al parecer había bastantes, y algunas de ellas eran recordatorios para ingerir ciertos brebajes. Un carpatiano jamás consumiría alimentos humanos, a menos que fuera imperativo para evitar que otros descubrieran la verdad. Cualquier carpatiano en posesión de sus facultades físicas podía consumir estos alimentos y regurgitarlos más tarde, pero era una práctica que le desagradaba.

¿Quién era Francesca? Y más importante aún, ¿qué era? ¿Por qué su sangre no era completamente humana? Y ¿por qué conocía las palabras rituales que habían impedido que se convirtiera en vampiro en su momento de mayor debilidad? Y, sobre todo, ¿por qué había comenzado a ver en color? ¿Por qué sentía emociones? ¿Por qué había pronunciado ella la frase «según corresponde a mis derechos»?

Con un suspiro, Gabriel devolvió las cosas a su sitio, y sus dedos se demoraron por un momento sobre el contorno de su escritura,

menuda y regular. Francesca tendría las respuestas que él quería. Y si no quería dárselas, él sabría cómo obtener la información. El suyo era un linaje de antigua estirpe y sangre, un linaje de grandeza y poder. Eran muy pocos los de su pueblo que poseían los conocimientos y destrezas que él había aprendido en siglos de existencia. Francesca no sería capaz de ocultarse de él ni de rehuir sus preguntas.